

CAPITULO XI.

Conquista de Cartagena. — Derrota de Asdrúbal. — Nuevo rasgo generoso de Escipion. — Nuevos triunfos de los romanos. — Siphax y Escipion. — Venganza de los romanos. — Heroísmo de Astapa. — Enfermedad de Escipion. — Sublevaciones.

INMENSO fue el botín y muchísimos los trofeos de guerra que el vencedor halló en Cartagena, donde estaban acumuladas parte de las fabulosas riquezas que los cartagineses iban sacando de España. El asalto y captura de dicha ciudad tuvo lugar hacia el año 210 antes de la era cristiana.

Publio Cornelio Escipion dió entonces muestras de magnanimidad, poniendo en libertad á todos los prisioneros españoles (que la ley hacia esclavos) y hasta les restituyó sus bienes, á pesar que algunos de ellos habian sido antes aliados de Roma y luego desertaron al campo de Cartago.

Otros actos de generosidad honraron sobremanera y enaltecieron á Escipion despues de la conquista de Cartagena, granjeándole el aprecio de los hispanos y dándole sobre estos mas prestigio y autoridad que si hubiera ganado muchas victorias.

Hallábanse entre los prisioneros la esposa de Mandonio y las hijas de Indivil (jefes ó régulos españoles que hicieron armas contra los romanos), jóvenes y hermosas, segun Tito Livio; y á pesar que una inveterada é inculcable costumbre ponía tambien á las mujeres cautivas á merced del vencedor, este las respetó, é hizo lo propio con una doncella de singular belleza, desposada con Allucio, príncipe celtibero, que sus soldados le presentaron. Escipion se apresuró á devolver la joven á sus padres y á Allucio con todo el oro que habian traído para su rescate. Desde entonces el agradecido Allucio sirvió la causa de Roma, mandando grabar en un escudo de plata la noble accion del generoso romano, á quien regaló dicho objeto conmemorativo. Indivil y Mandonio no tardaron tampoco en aliarse con Escipion.

Lelio fue el encargado de noticiar al Senado romano la toma de Cartagena, y para dar mayor peso á sus palabras, llevóse consigo al gobernador cartaginés Magon y á algunos principales que se hallaban en dicha plaza.

Cartagena en poder de Roma fue una estocada mortal dada á la dominacion cartaginesa en España. Los desesperados esfuerzos de Asdrúbal Barcino para vengar dicha victoria fueron absolutamente estériles ante la sagaz política de Escipion y la buena suerte de sus armas.

Trabóse un combate cerca de Bécua, no léjos de Castulon, pero los cartagineses fueron vencidos allí como en otros puntos. La generosidad romana hacia resaltar mas la crueldad de los de Cartago; pues mientras que estos vendian á sus prisioneros como esclavos, aquellos los enviaban libres y sin exigir rescate alguno por ellos.

Un sobrino del africano Masinisa y nieto del rey Gala debia ser vendido con otros prisioneros. Al saberlo el vencedor de Bécua ordenó que se le tratara como un príncipe, y despues de haberle ofrecido hospitalidad en su tienda y colmado de ricos presentes, le envió á los reales de Masinisa con una escolta de honor. ¡Generoso rasgo que nunca olvidó el expresado jefe africano!

Despues de la derrota de Asdrúbal los generales cartagineses tuvieron consejo, resolviendo que Magon pasara á Mallorca á reclutar honderos; que Masinisa con su caballería hostigara á los pueblos confederados de Roma, y, por último, que el hermano de Aníbal realizara su expedicion á Italia (tantas veces fracasada), recorriendo antes la Bética y la Lusitania para reforzar sus mermadas filas con las gentes que pudiera alistar en aquellos territorios.

Asdrúbal pudo finalmente dar cima á su empresa, y cruzar los Pirineos y los Alpes por el mismo punto en que los franqueara diez años antes su hermano Aníbal.

Todas las costas del Mediterráneo y la parte oriental de la Bética hallábanse ya bajo el dominio de Roma.

Mientras que Escipion en Tarragona se dedicaba á arreglar los asuntos de su gobierno, Cartago mandó á España á Hannon en sustitucion de Asdrúbal Barcino. Con Hannon volvió tambien Magon, que, como dijimos, habia pasado á las Baleares á reclutar gente.

Silano, lugarteniente de Escipion, no tardó en derrotar á entrambos jefes cartagineses, que entraron por la Celtiberia para hacer levas entre los naturales.

Lucio, hermano de Escipion, recién llegado á España, tomó por asalto á Oringis (Jaen); y al ser enviado luego á Roma se llevó consigo á Hannon, que habia hecho prisionero, y á trescientos cautivos nobles, segun los romanos acostumbraban practicar.

Asdrúbal Gisgon y Magon, perseguidos y estrechados de cerca por el mismo Escipion, tuvieron que buscar su refugio en Cádiz, que, con algunas ciudades vecinas, constituía todos los dominios que quedaban á los cartagineses en la península ibérica. Silano fue el encargado de observarlos.

Despues de haber obtenido grandes y numerosas victorias sobre las armas cartaginesas en España, Escipion acariciaba la idea de llevar la guerra al corazon de la república africana, esto es, á Cartago. Ya no le bastaba haber herido mortalmente en nuestra Península á la dominacion cartaginesa; era preciso que el nombre de Cartago fuera borrado de la superficie de la tierra, y que la eterna enemiga y rival de Roma con sus escombros y ruinas, con sus trofeos y recuerdos formara el ancho y glorioso pedestal sobre el que descollara la orgullosa soberana del Capitolio.

Para el logro de sus intentos Escipion procuró atraerse á Masinisa (aquel jefe nómada que no podía ya olvidar la generosa conducta del romano para con su propio hijo), y le hizo pasar al Africa para que fuera preparando el terreno á favor de Roma. Posible es tambien que influyera considerablemente en el ánimo de Masinisa, para hacer traicion á sus antiguos aliados, la mala estrella de estos y el creciente poderío de sus nuevos amigos. La adversidad es el mejor crisol para probar el oro de la amistad.

Poco despues de la marcha de Masinisa pasó tambien al Africa Escipion, donde contrajo una alianza con el viejo príncipe nómada Siphax, creando con ello un obstáculo para Cartago en su propio país.

Parece que mientras que Siphax concedía hospitalidad al General romano, se presentó Asdrúbal Gisgon á la corte del mismo Rey, solicitando tambien una alianza. Dícese que dicho príncipe africano hizo sentar á su mesa al cartaginés y al romano, y que estos guardaron entre sí la mayor deferencia y urbanidad.

A su regreso de Africa Escipion (que no olvidaba nunca el vengar la muerte de su padre Publio y su tío Cneo) recorrió la Iberia acompañado de Marcio, á quien confió la toma de Castulon, mientras que él se encargaba del castigo y destruccion de Illiturgis, cuyas ciudades, especialmente la última, se habian portado tan inhumanamente con las fugitivas y dispersas legiones romanas despues de su derrota.

Illiturgo y Castulon cayeron en poder del General romano, á pesar que la primera, previendo el horrible castigo que se le impondria en caso de ser tomada, opuso una resistencia tenaz y desesperada.

Barbara y atroz fue en efecto la venganza del vencedor; pues todos los moradores sin excepcion fueron pasados á cuchillo, y las llamas consumieron todos los edificios, no quedando piedra sobre piedra. Despues, segun costumbre de los romanos, sembróse de sal el sitio que ocuparon las murallas. Siendo menor la culpa de los de Castulon, fueron estos tratados con algo mas de benignidad.

Sin embargo, aquellas sangrientas represalias redundarán siempre en desdoro del buen nombre que adquiriera Escipion, y oscurecerán no poco el inmarcesible brillo de sus hazañas.

Al volver á Cartagena Escipion quiso honrar los manes de su padre y de su tío con espléndidos funerales. Hubo grandes espectáculos y fiestas fúnebres, á las que acudieron los principales jefes españoles, cuyas simpatías logró granjearse el General romano, aprovechando tan favorable ocasion.

Dícese que en dichas fiestas se vió por primera vez dirimirse una contienda por medio de un duelo á muerte. Parece que dos ricos españoles, llamados Corbis y Ursúa, hermanos ó primos, pretendian tener derecho al señorío de la ciudad de Iba. Ursúa, que era el menor de los dos, pereció en el desafío.

Entre tanto Marcio iba subyugando el resto de las ciudades de la Bética, algunas de las cuales hicieron una heroica defensa. Astapa, situada cerca de la moderna Estepa, prefirió sucumbir como Sagunto antes que rendirse á merced del vencedor, cuyo terrible castigo temia, recordando la suerte de Illiturgo, puesto que ella tambien se habia portado muy mal con los pueblos aliados de Roma.

Admírase D. Modesto Lafuente de que el heroísmo de Astapa haya sido eclipsado en gran parte por el de Sagunto, y de que la fama no coloque á entrambas ciudades en la misma línea, habiendo sido igual su fin y el valor que desplegaron contra sus enemigos.

Ya solo quedaba á los cartagineses la ciudad de Cádiz. Una conspiracion estuvo á punto de entregarla á los romanos; pero Magon, su gobernador, pudo descubrir la trama, y ordenó que los principales conspiradores fueran transportados á Cartago en la flota que estaba á las órdenes de Adherbal.

Por aquel tiempo Escipion fue acometido de una grave enfermedad. La voz de su muerte cundió por toda España, lo cual originó que los dos hermanos españoles Indivil y Mandonio (que se habian aliado con los romanos, acaso mas bien con la mira de expulsar á los cartagineses de sus tierras que por agradecimiento á Escipion) se levantaran contra el poder de Roma. Al propio tiempo, sobre ocho mil romanos acampados á orillas del Ebro, pretextando algun atraso en sus pagas, se amotinaron contra sus jefes, nombraron otros á su capricho, y tomaron la direccion de Cartagena.

Escipion, que se hallaba entonces ya restablecido, al tener noticia de dichos sucesos, permitiendo avanzar á los insurrectos, se limitó á envolverles con todo su ejército, y á tenerlos en su poder usó para con ellos mas suavidad que rigor. Sin embargo, algunos fueron decapitados para que no quedara impune aquella infraccion de la disciplina militar.

Indivil y Mandonio, sabedores de lo que ocurría, repasaron el Ebro en retirada; pero Escipion fué siguiendo sus huellas, los alcanzó y derrotó completamente. El vencedor no impuso otra pena á los vencidos, que imploraron su clemencia, que exigirles una suma de dinero considerable.

Despues de dicha victoria Escipion se dirigió á Cádiz para desalojar á los cartagineses de su último asilo en España.



BATALLA DE EBRO

CAPITULO XII.

Partida de los cartagineses. — Dominación romana. — Nuevas insurrecciones. — Reformas introducidas por Roma en el gobierno de la Iberia. — Catón el Censor. — Nuevas e infructuosas tentativas de los españoles para recobrar su independencia. — Batalla de Ebro.

MASINISA, aparentando todavía amistad hacia los cartagineses, acababa de volver del Africa con un refuerzo de caballos nómadas. Dicho africano tuvo una entrevista con Escipión cerca de la expresada ciudad. Acordóse entonces la entrega de la plaza á los romanos.

Al ver el mal sesgo que tomaron sus asuntos en España, el Gobierno de Cartago resolvió abandonar por completo la Iberia, y concentrar todas sus fuerzas en Italia, donde la suerte de las armas empezaba también á mostrarse huraña.

Dióse en consecuencia á Magon, que se hallaba en Cádiz, la orden de partir á Italia, reuniendo al efecto cuanta gente y riquezas pudiera.

Recogió el General cartaginés todo el oro que pudo, así de los particulares como de los templos de los dioses. Después se embarcó, dejando la ciudad de Cádiz bajo la custodia de Masinisa.

Dirigióse Magon á Cartagena con ánimo de recobrarla, pero fue rechazado vigorosamente por la guarnición romana. Después hizo de nuevo rumbo hacia Cádiz, mas ya era tarde; dicha ciudad estaba ya en poder de Roma.

En vista de ello, Magon se dirigió á las Baleares para reclutar gente; mas al probar un desembarco en Mallorca fue recibido con una lluvia de piedras por los célebres honderos de aquella isla. En la menor de las Baleares no se le opuso la menor resistencia, según se dice. El General cartaginés inverló en ella, ó sea en un puerto, que fue llamado por dicho motivo *Portus Magonis*, y mas tarde Puerto Mahon.

Con la partida de Magon quedó extinguido, por decirlo así, el poder de Cartago en España, después de catorce años de incesantes y sangrientas luchas.

Escipión y Anibal, esos dos grandes personajes de los antiguos tiempos, iban á encontrarse y á medir sus fuerzas en otro teatro. La estrella del primero era de cada día mas brillante, la del segundo declinaba rápidamente. La batalla de Zama, una de las mas reñidas y sangrientas de que nos da cuenta la historia, fue la tumba del poder de Cartago, y la ancha base sobre la cual debía levantarse el inmenso edificio de la dominación romana.

Débase á Escipión la fundación de Itálica, ciudad inmediata á Sevilla, y cuyas históricas ruinas cantó la lira de Rioja con tan inimitable maestría.

Durante la ausencia del expresado General romano (que fué á Roma á recibir el galardón de sus hazañas) el gobierno de España se confió á Cornelio Léntulo y Manlio Acidinio.

La Iberia va á caer bajo el dominio de Roma. ¿Será mas feliz con sus nuevos dominadores que con los que acaban de abandonarla? No; el férreo yugo del Capitolio, como poco há de Cartago, gravitará como una imponderable losa sobre el cadáver de su independencia. Ahora, como entonces, su ancho y feraz suelo será regado con la sangre de sus hijos; ahora, como entonces, el inextinguible fuego del patriotismo arderá en distintos puntos de la Península, y el heroísmo de Sagunto se repetirá en Numancia, y el ejemplo de Istolacio tendrá un imitador, ó un mas hermoso modelo, en el pastor Viriato, y al débil eco de los héroes pasados brotarán enjambres de nuevos.

No carecían, pues, de valor y patriotismo los españoles. Faltábalos solo la disciplina militar, union, acaso la malicia de sus opresores, y la civilización cartaginesa ó romana en lo que ambas tenían de adelantos materiales y científicos. No hablamos de la moralidad, que debe ser la base de toda civilización, porque siendo la idolatría en sustancia la divinización de todas las fragilidades y las pasiones humanas, la sombra de tal árbol tenía que ser forzosamente ponzoñosa y mortífera para cualquier pueblo que la prohibiera; llámese ese pueblo Atenas, Roma ó Cartago. Nada tienen, pues, de extraño los vicios de los antiguos españoles.

Sin embargo, la presencia de los cartagineses y los romanos en España (y probablemente á pesar suyo) contribuyó eficazmente al desarrollo del comercio y la agricultura, al perfeccionamiento de las artes, y á otros mil fines de que no dejó de reportar ventajas el suelo hispano.

Es digno de notarse que al principio de su dominación los cartagineses y los romanos se mostraron generosos hacia los indígenas; y tiranos cuando tuvieron á estos subyugados, y su poder estuvo afianzado en la Iberia. La candidez ó ignorancia de los iberos era causa probablemente de que estos se dejasen seducir por sus nuevos señores, y no vieran ellos de pronto mas que lo que fingían ó aparentaban ser, es decir, unos amigos y libertadores.

Muchos años y mucha sangre debía de costar, sin embargo, á los romanos la conquista de la España entera; pues los pueblos de la parte occidental y meridional no conocían aun el yugo extranjero, y conservaban toda su fiereza y primitivas costumbres.

Apenas expulsados los cartagineses de nuestra Península, y cuando las legiones romanas pudieron recorrerla triunfantes casi en toda su extensión, los españoles empezaron á apreciar el valor de la amistad y auxilio que Roma había venido á ofrecerles.

Á la sorpresa siguió el desengaño, al desengaño la indignación, y esta produjo el grito de independencia, que hizo empuñar las armas á distintas tribus hispanas para rechazar á los nuevos invasores de su suelo.

Indivil y Mandonio volvieron á probar fortuna; y aprovechando la ausencia de Escipión, lograron atraerse á su partido á los ilergetas, ausetanos y otras tribus vecinas. Parece que mas de treinta mil iberos respondieron al llamamiento de Indivil.

Los procónsules Léntulo y Acidinio, que, como dijimos, habían reemplazado á Escipión en el mando de España, acudieron con todas sus fuerzas á sofocar la insurrección de los españoles. Muy cara les costó á los romanos la victoria, que probablemente no alcanzarían tan pronto si una saeta no hubiera causado la muerte de Indivil, cuya circunstancia infundió el desaliento en los españoles; y del desaliento á la fuga y la derrota harto sabido es que no hay mas que un paso. Los vencedores intimaron á los vencidos la entrega del otro caudillo, Mandonio. El terror de los hispanos puso á este en poder de los romanos, quienes, para escarmiento de los rebeldes, le dieron una muerte cruel y afrentosa.

Mas no logró dicho acontecimiento apagar los chispazos de patriotismo que brotaban sin cesar en distintos puntos de la Iberia, pues al poco tiempo Lucio Cornelio Cetego, sustituto de Léntulo, tuvo que sofocar otra insurrección.

El Gobierno de Roma se condujo con mas benignidad en la Bética, declarando franca y aliada la ciudad de Cádiz, lo cual les granjeó no pocas simpatías en aquella region.

Sin embargo, las insurrecciones se sucedían unas á otras y se multiplicaban sin tregua: ayer los ilergetas y sedetanos, y hoy los celtíberos, pugnaban desesperadamente por romper las duras cadenas con que les ahorraron sus nuevos dominadores.

En vista de ello Roma tuvo que tomar otras medidas, y establecer algunas reformas en la organización de su gobierno en España. Al efecto mandó á nuestra Península al cónsul Marcio Porcio Catón, con dos legiones y cinco mil caballos, y además dos pretores, uno para la España Ulterior, ó sea desde el Ebro hasta el confín meridional, y otro para la Citerior ó Tarraconense.

Proverbial es la severidad del nuevo gobernador que Roma acababa de dar á España.

Las virtudes de Catón, llamado el Censor, pudieron moralizar la administración militar romana, que tenía indignados á los españoles. Pero como el paganismo era un monstruoso conjunto de errores, nada tiene de extraño que los hombres educados en tal escuela, al lado de las mas eminentes virtudes mostraran los mas bárbaros y feroces instintos.

Así vemos á Catón llevando el rigor hasta la mas inaudita crueldad en el castigo de las tribus hispanas que se sublevaron contra su autoridad y la soberanía del Capitolio.

Una de las primeras hazañas de Catón en España fue la toma de Rosas, hacia el año 196 antes de la era vulgar. Hallándose cerca de Ampurias, hizo partir á la flota romana para que á los soldados, en caso de ser vencidos, no les quedara la esperanza de volver á su patria. Luego derrotó á los celtíberos cerca de Ilerda, y sujetó á muchos otros pueblos que se habían sublevado nuevamente.

Como una muestra de su crueldad, citase el hecho de haber mandado destruir hasta cuatrocientas poblaciones en trescientos días, amen de los moradores que vendió como esclavos, y los que fueron pasados á cuchillo.

Los terribles castigos y la barbarie de Catón solo lograron apaciguar por poco tiempo á los españoles. El severo Catón, como sus antecesores, pasó entonces á Roma á recibir el premio y los honores de sus victorias.

Al año siguiente sublevaron los lusitanos, é invadieron la Bética, cuyo pretor era Publio Escipión. En la España Tarraconense su pretor, Marco Fulvio, tuvo que sujetar á los carpetanos, que ligados con los celtíberos, los vacceos y los vetones componían un ejército considerable.

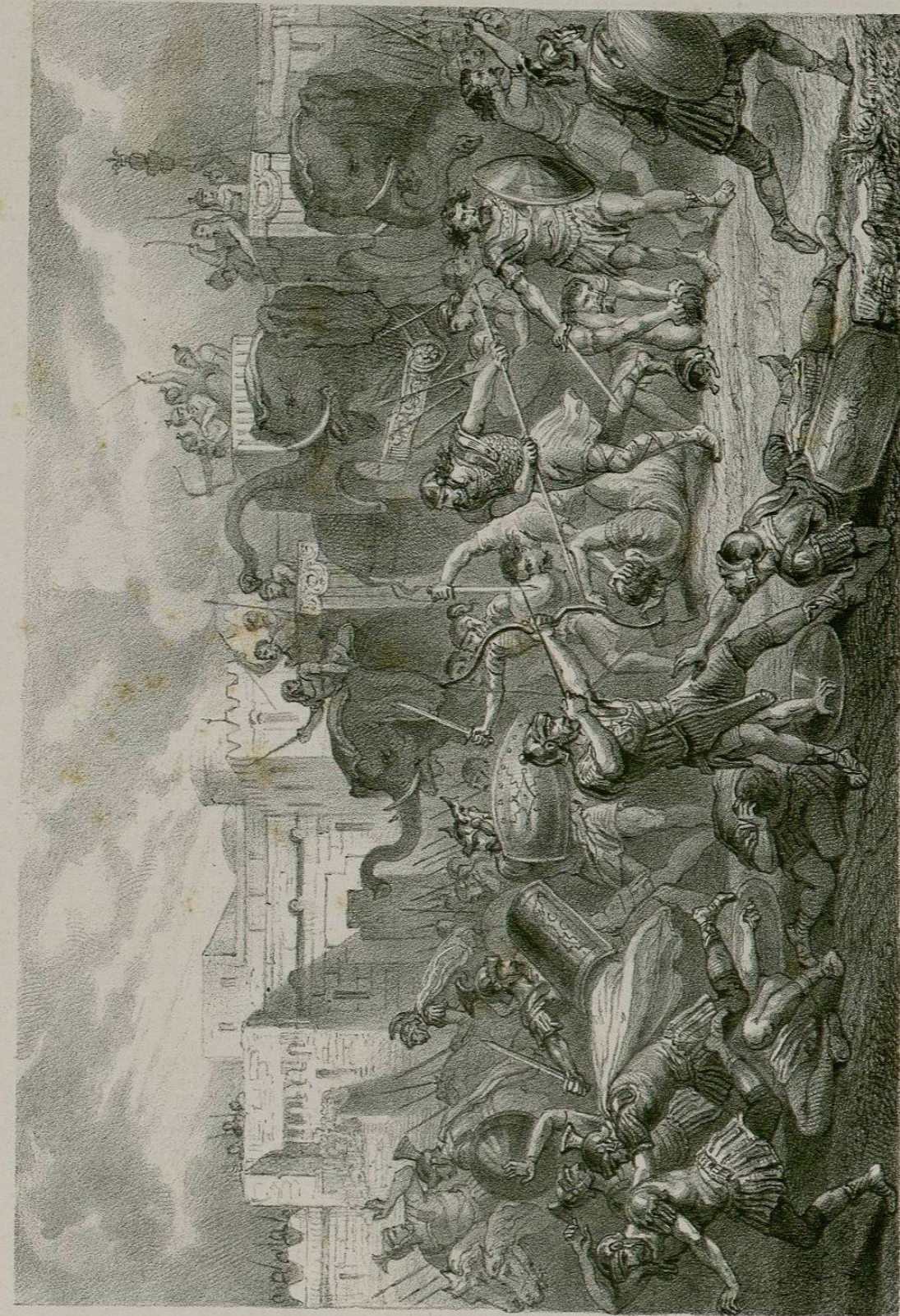
En el año 192 antes de la era cristiana los lusitanos alcanzaron una victoria sobre los romanos, capitaneados por el pretor Emilio: seis mil de los últimos perecieron en el campo de batalla, y el resto debió su salvación á la fuga.

Mas tarde los triunfos de los hispanos casi compensaban las derrotas, lo cual les infundía nuevo vigor y aliento para lanzarse á otras empresas.

Hubo una época en que una sublevación concertada y simultánea de los lusitanos y los celtíberos tomó un carácter tan imponente, que los pretores se limitaron á la defensa de las ciudades y las plazas, dejando á los sublevados dueños de los campos, que iban recorriendo y devastando.

Dos grandes descalabros sufrieron luego los celtíberos, en tiempo del pretor Cayo Calpurnio y de Q. Fulvio Flaco: ambas derrotas tuvieron lugar cerca de Toledo, y en cada una de ellas perdieron los vencidos treinta mil hombres, al decir de los historiadores romanos. En la de Ebro ó Eburá un ardid de Fulvio Flaco, que hizo pegar fuego secretamente al campamento enemigo, dió inesperadamente el triunfo á las armas romanas.

Tales desastres, mas que suficientes para descorazonar y reducir á la impotencia á cualquier otro pueblo menos animoso y amigo de su independencia que el pueblo español, no fueron parte para amilanarle ni extinguir en su pecho el ardiente volcan de su patriotismo.



SALIDA DE LOS NUMANTINOS.